

aquel, estaba en su forma muy anti-acústica, la cual, haciendo por todas partes eco, turbaba al orador, amén del olvido punible que dejara sin medios á sitio donde tanto concurso respiraba, sin medios de renovar el aire. Además, la rapidez en aparejar las salas aquellas para su nuevo destino, hacía que no hubiese nada sólido y duradero en ellas. Mucha cal, mucho papel, mucha tela, mucha pintura de brocha gorda; todo frágil, todo de mal gusto, improvisado todo, al modo y manera que se improvisara la República y se inscribiera en las leyes sin curarse de su realización el derecho. La ventaja única que presentaba tal sala era su inmensa capacidad. Pero esta ventaja cedió en su daño, según iban disminuyendo los convencionales, huidos de allí al conjuro de la proscripción y al movimiento de la guillotina. Setecientos setenta diputados había en las primeras sesiones, después del dos de Junio quedaron reducidos á quinientos; á medida que crecía el terror menguaban hasta el número de trescientos, y en las últimas sesiones, por desgracia de todos y deshonra suya, no se contaba sino doscientos cincuenta votantes en los más concurridos escrutinios. Así es que el salón parecía una pajarera muy espaciosa con muy pocos pájaros, los cuales, en cuanto podían huirse de aquel sitio siniestro, tomaban las de villadiego sin que se les viese reaparecer jamás en las sesiones. Un estrecho locutorio, sito tras la Presidencia, especie de gabinete muy bien amueblado, servía para que los muñidores parlamentarios celebraran sus conferencias, comunicándose las noticias y las emociones del día. Tras la sede presidencial y sobre la puerta del citado locutorio gallardeaban las banderas cogidas á los enemigos y en los cuadros de papel pintado se veían los derechos naturales del ciudadano francés y los principios mayores del Código fundamental. La barra se levantaba en semicírculo frente por frente de la Presidencia, y las tribunas destinadas al público eran de una inmensa capacidad. Así la sala vibraba como una gran colmena. Innumerables y curiosos espectadores iban de un lado á otro; una multitud, exaltada siempre con exaltaciones inspiradas en los acontecimientos, henchía las tribunas; por aquí procesiones de peticionarios, por allá clubs en movimiento; ya un pelotón de la milicia, ya unos junteros revolucionarios que irradiaban por doquier intensa vida con el éter de sus ideas y el calor de sus pasiones. Todo era interesante allí, porque todo era trágico. Un día furias del infierno desnudan en aquellas azoteas y azotan á la pobre Magdalena, que se llamó la Mirecourt; otro día la ciudadana Lesclapare, vendedora de libros á la puerta del Congreso, tiene que cerrar su tenducho porque la han delatado al comité revolucionario que le dió por castigo la miserable guillotina.

Ya nada queda del palacio de las Tullerías, más destruído que los palacios de Nínive y de Babilonia, puesto que ni las ruinas quedan, desarraigadas del suelo aquel hasta en sus últimos átomos. Yo he visto el palacio de las Tullerías en todo su esplendor. Hoy mismo podría reproducirlo, si fuese yo pintor, porque lo llevo grabado en los lóbulos de mi cerebro por la fidelidad inquebrantable de mi buena memoria. Paréceme ver las graciosas

alternativas de pilastras estriadas con columnas enormes en el ciclópeo edificio de gigantesca proporción; los ventanones adornados con ornamentación italiana: el friso tan historiado, pero tan hermoso, de su atrio; los balconajes del centro y de las terrazas; aquellos pabellones tan titánicos, pero también distribuidos, que parecen, como todo monumento arquitectónico bien ideado, estrofas de himno; las rotondas semejantes á una corona imperial: conjunto en que la grandeza no excluía la gracia; circuído por jardines hermosos, con alamedas sombrías y misteriosas; florestas parecidas á grandes macetones; céspedes recortados y henos idílicos, quienes evocan, los primeros, la jardinería semita, los segundos las praderas sajonas; estatuas y grupos de mármoles blancos bajo la sombra de pomposos castaños y aromados tilos, que les sirven de solios, mientras parecen darles música las parleras aves en legión y los surtidores ascendiendo en cristalinas columnas movibles por los aires embalsamados al incienso de las flores. Yo he recorrido sus galerías y sentádome sobre sus pavimentos de mármoles, bajo sus bóvedas pintadas al fresco, en regias sillas con asientos de terciopelo y dorados armazones. El triste augurio de Isnard profetizando que París desaparecería del Sena y de sus alrededores no se ha cumplido respecto de la ciudad, más viva y más esplendorosa cada día; pero se ha cumplido respecto del palacio que principalmente habitaron los últimos Reyes y Emperadores franceses desde la primera mitad del pasado siglo. Yo he visto la sala de sus espectáculos cuando todavía en ella resonaba la voz de sus actores y el eco de sus conciertos; he visto la sala de Mariscales, con sus numerosos retratos, que parecían salirse del marco y andarse por aquellos espacios, como cuando volvían del combate á recibir el premio de sus victorias; he visto la sala de sus Nobles, ornada por frescos recordando el rosado amanecer y el oriente de Apolo; he visto la sala del Trono, tapizada con deslumbradores Gobelinos; he visto la sala de sus Consejos análoga con los santuarios erigidos por Luis XIV al culto de su persona sobrenatural y casi divina; he visto la galería de Diana, por donde discurría con sus nereidas y sus tritones la Galatea de Rafael, en copia perfecta, y se juntaban los dioses del Olimpo heleno para contemplar á la Psiquis evocada por Julio Romano; y luego he visto las piedras del pavimento arrancadas, las paredes caídas, las escaleras al aire, semejantes en lo débiles por su ruina y desmedro á escalas de cuerda, el humo de los incendios reemplazando á las tapicerías y á los cuadros, las bóvedas convertidas en chimeneas abandonadas, las yerbas creciendo y las lechuzas asilándose en las grietas, los ángeles carbonizados que se caen de las cornisas enrojecidas, rescoldos apagados en vez de alfombras, muebles hechos haces de leña consumida, pinturas medio borradas, estatuas y simulacros, antes radiosos y luego convertidos en fragmentos parecidos á cuerpos destruidos, algo de lo que cuenta la Biblia sucediera tras las orgías de Sardanápalo en las demencias de Baltasar, en las soberbias de Nabucodonosor, derribados por las justas iras del Jehová semita y de sus santos profetas contra los Reyes, que habían destrozado la libertad

de Israel y puesto sobre los altares de la verdad y de la justicia los falsos ídolos y los antropófagos dioses del Asia.

En aquellas Tullerías pasó la terrible tragedia historiada por el capítulo anterior. Parecía la pétrea montaña, compuesta por tan grande palacio de renacimiento, á la fabulosa montaña de imán, cuyos magnéticos influjos descomponían todas cuantas naves se acercaban á su vista. Nunca fueron las Tullerías como Versalles, el Louvre, el mismo Fontainebleau, habitual residencia de los Reyes. Casa de campo levantada por Catalina de Médicis, únicamente la ocuparon alguna que otra vez Enrique IV y Luis XIV, la minoridad de Luis XV, el cautiverio constitucional de Luis XVI. Las grandes fases del principio monárquico pasaron en otras partes. El paso de las Monarquías feudales á las Monarquías absolutas, en Blois; el voluptuoso renacimiento de los italianizados y artistas Valois, en Fontainebleau; los degüellos de la reacción religiosa, en el Louvre; la primer edad del estadista Enrique IV, en Pau; la regencia de Mariana de Austria, en el Palacio Real; la omnipotencia del gran Luis, en Versalles habitando las Tullerías los jefes coronados de las postreras épocas monárquicas; el Emperador Napoleón, los dos Borbones entronizados por la restauración, Luis Felipe, Napoleón III. Las Tullerías llamaban el rayo sobre sus cúspides y pirámides. Si cuando las ocupaba Luis XVI con su familia tuvieron los Reyes que ponerse la gorra colorada de los republicanos, cuando la ocuparon los republicanos con su gobierno tuvieron que arrastrarse, deshonrados y siervos, ante las pezuñas del caballo de Henriot, peores cien veces que las pezuñas del caballo de Calígula. Allí las dramáticas sesiones en que al par de las lenguas viperinas vibraban los puñales demagógicos; allí los discursos de acusación semejantes á inquisitoriales requisitorias; allí las proscripciones en tropel y los envíos de honradísimos diputados al cadalso por infieles y por traidores; allí el colectivo suicidio de la Gironda, y, merced á este suicidio increíble, su deshonra perenne; allí el asedio por ochenta mil hombres de la representación parlamentaria envilecida y menguada á manos de los que se decían sus defensores, siendo sus verdugos; allí el reparto de asignados á las muchedumbres revolucionarias, los hornillos de fundición, las provisiones de metralla, la grande artillería con sus bocas abiertas como serpientes, las tropas republicanas contra la República y sus leyes; allí la dictadura del borracho Henriot atropellando las grandes personificaciones del pueblo y dirigiendo sus armamentos contra Francia misma, quien comienza entonces á padecer su irremediable pasión hasta que mueren sus instituciones republicanas bajo infame turba de pretorianos el diez y ocho de Brumario. ¿Cómo podía salvarse la República, cuando reinaba mayor disgusto en las muchedumbres que por los tiempos realistas, y se asestaban á los republicanos por manos republicanas mayores golpes que los asestados á la monarquía? Yo no tengo por aceptables todas las ideas girondinas y condeno en implacable condenación sus procedimientos de inercia y sus hábitos de pereza. Las ideas federales pueden aceptarse para unos pueblos

desunidos; pero no pueden aceptarse para organizar pueblos unidos por los lazos de la geografía y de la Historia en una verdadera nacionalidad como lo era ya entonces la nación francesa. Puede admitirse la federación entre Austria y Hungría; la federación entre Hungría y Croacia; la federación entre Prusia y Baviera; la federación entre los franceses y los alemanes y los italianos de Suiza; pero no puede admitirse la federación entre regiones hermanas como la Gironda y la Provenza, que son miembros de una misma nacionalidad, componentes de un solo cuerpo animado por un solo espíritu. Mas no me parece á mí tan mala en los girondinos la federación republicana con que todos soñaban como la inercia incomprensible á que se dieron mientras surgía la Vendée teocrática, y se aproximaba la irrupción germánica, sumándose con todos los horrores de las guerras civiles todos los horrores de las extrañas guerras.

También fueron la Tullerías escenario de otra gran tragedia horrible, y aunque individual, importantísima; escenario de las penas experimentadas por madame Roland entre la renuncia del ministerio presentada por su marido y la propia prisión suya, que la recibió en estos mismos días, y la guardó dentro de un cautiverio penoso, el cual sólo se cortó al filo de la cuchilla en el tablado de un patíbulo. Las causas generadoras del terrible caso, en que murió madame Roland, deben buscarse por los empeños naturales de las revoluciones triunfantes en reproducirse muchas veces en próspera fortuna y exagerarse allende lo conveniente y justo. Madame Roland atribuye tal movimiento lógico á las particulares ambiciones de aquellos hombres, que, habiendo ido rezagados en el apetecido logro de sus medros, ó habiendo en éstas sufrido un malogro; violentan su natural y perturban las sociedades por subir, cueste lo que cueste, á las primeras posiciones y á los primeros honores. Pero yo no conozco revolución alguna sin su exageración correspondiente y sin sus exageradores. Túvulos aquella revolución de los Gracos, pugnando por lo que sus grandes valedores no podían admitir, por el reparto entre la plebe de las propiedades particulares, cuando los Gracos sólo habían propuesto el reparto entre la plebe de los bienes públicos. Hasta las revoluciones más idealistas encuentran sus exageraciones y sus exageradores. Explicome que las encontrara la revolución republicana de Inglaterra en los niveladores; pero no puedo explicarme los encontrara la revolución franciscana, en que discípulos, dados á considerar el santo como un Cristo nuevo, exageraran hasta caer en heregía, y maldecir la propiedad, su santa pobreza. Cuando se ve caer una monarquía de veinte siglos, teniendo el territorio nacional por trono y por solio el cielo patrio, cualquier demagogo cree cosa fácil repetir el milagro y suplantar á los tribunos, como suplantaron los tribunos á los Reyes. De aquí en todos los períodos revolucionarios las turbas y turbaciones demagógicas. Así, la retirada del ministerio de Roland, republicano moderadísimo, como su famosa mujer, no desarmó estas turbas, ni conjuró estas turbaciones. Víctima de innumerables calumniosos ataques, resistió mil veces los abrumadores aludes

lanzados desde la montaña sobre su poder y su honor; mas en Enero de aquel terrible año noventa y tres se halló tan mal herido en el alma y tan maltrecho en el cuerpo que presentó su irrevocable dimisión. Este acto, acaso necesario, pero suicida, impulsó mucho hacia lo alto el oleaje montante de la demagogia desenfrenada. Hombre de bien á carta cabal, Roland, había impreso movimiento regular al cuerpo administrativo nacional; ocurrido á las necesidades más imperiosas del pueblo y del ejército con sus previsiones; procurado la paz de los departamentos entre sí mismos y con París: hecho nacer el orden de la justicia; sugerido al pueblo sensato la mayor confianza en su libertad; sin tener en contra de su mérito más cóleras que las suscitadas por su intransigencia catoniana en materia de virtud y sus energías, muy consideradas pero muy tenaces en defender los intereses públicos y salvar de aquellas crisis tremendas las facultades propias de todo buen gobierno. Y al caso grave de la renuncia de tal hombre unióse por entonces el caso gravísimo de su reemplazo por Garat. Todos cuantos han leído estas narraciones saben de memoria el carácter connatural á Garat y el papel que desempeñara en la tragedia revolucionaria. Hombre de facundia; muy bueno en una sociedad superficial y ligera; tímido hasta llegar á cobarde; amable hasta llegar á servil; mediano en letras y pésimo en administración; mísero en lo tocante á salud y en lo tocante á política de una inercia irremediable; contrastaba por su ignorancia y por su pereza con el sabio y activo predecesor.

Así en cosa ninguna se advierte la continuación del método de Roland, y en cosa ninguna el agradecimiento de su continuador, puesto primero por su maestro en el ministerio de Justicia y trasladado luego al ministerio de la Gobernación. Roland, muy calumniado, por lo mismo que desempeñaba su administración altísima con escrupulosa moral, rindió cuentas, y tuvo empeño en que su amigo y sucesor promoviera el conocimiento y aprobación de tales cuentas por la Cámara. El ingrato Garat nada hizo para colmar esta natural aspiración, y consintió continuaran cebándose todas las calumnias en tanta virtud, más que por nativa maldad, por punible inercia. Siete cartas dirigió el dimisionario á la Convención en requerimiento del examen prolijo y exacto de las minuciosas y honradísimas cuentas: nadie le oyó, continuando los jacobinos en la porfía de sus calumnias, Marat continuó pidiendo á diario su cabeza, los conspiradores en sus dos conspiraciones paralelas, moral una, material otra, y ambas dirigidas á destronar la Convención, para quitarle de sus labios el verbo revelador y de su frente la corona de gloria. Madame Roland había pensado aquellos días en irse al campo, buscando aire fresco para sus fatigados pulmones y reposo idílico para su volcanizada cabeza. En vano había pedido con instancia para este fin sus necesarios pasaportes. La municipalidad parisién, cabeza de la revolución, odiaba con mortal odio á madame Roland, cabeza de la Gironda. Y, no pudiendo hacer otra cosa contra la ilustre dama, si no le negaba, le retenía los pasaportes. Tras seis días de un cólico nefrítico que le habían traído sus vigiliás y sus desganás y sus emociones y sus penas,

madame Roland se levantó de la cama y se quiso presentar en el ayuntamiento reclamando sus indispensables papeles. En el minuto mismo de salir á la calle sonó el cañón de alarma y el campaneó de rebato, haciéndola con sus siniestros sonidos esquivarse á la proyectada expedición y reentrar en su cuarto. Con este motivo la familia se reunió muy serena y estoica, pero prometiéndose á sí misma tomar alguna resolución, y resolviendo que Roland no durmiera en su hogar aquella noche. Eran las cinco y media del dos de Junio por la tarde cuando se presentaron seis hombres en armas casa de Roland, llevando una orden escrita del comité revolucionario, por virtud y obra de la cual debía entregarse preso. Roland, muy dueño de sí mismo y con profunda calma, en palabras meditadosísimas, díjoles ignoraba la existencia de tal comité y la jurisdicción legal invocada para suspender sus libertades personales, por lo cual no cedería sino por la fuerza que á una violencia podía oponer hombre de su edad, después de haber escrito cien protestas contra tan despótico acto. Los comisarios declararon no tener orden de apelar á la violencia; por lo cual el cabeza de todos, dejando allí sus compañeros, íbase derecho al comité revolucionario para contarle todo lo sucedido y pedirle ocurriese á la solución y salida de tan extraordinario caso. Ni un minuto flaquearon aquellas dos almas enérgicas; ni la de Roland tan estoica en su natural virilidad, ni menos la de su mujer, consagrada también de antiguo al estoicismo, como la Porcia de Catón y como la madre de los Gracos, á quienes tantas veces hemos recordado por sus analogías con madama Roland, heroínas como ésta, dignas del nombre que han dejado en la Historia y del eco inextinguible que ha tenido su fama en todas las edades y entre todas las generaciones. Roland tranquilo conversaba con los amigos, mientras su mujer, presa de una idea súbita, resolvió presentarse, y se presentó, á la Convención.

Creía la cuitada poder en su desgraciado perigeo renovar las escenas de su antiguo apogeo, y conseguir de la Convención, como si ésta fuese la Legislativa donde tantas veces triunfara, cosa justísima; el respeto al domicilio privado y al derecho personal de su marido. Así, como lo pensó, lo hizo, y tocándose ó vistiéndose con presteza, bajó á saltitos, como un pájaro, la escalera de su casa; tomó en la puerta un coche simón, y llegó con la rapidez mayor posible al palacio de la Convención. Madame Roland llevaba un traje matinal de muselina que le prestaba gallardo aire de joven y se cubría con velo tupido que recataba su persona y escondía su rostro á las miradas audaces de tanto desocupado como vagaba por los patios y los jardines de las colmadas Tullerías. Cosa difícil entrar en el recinto de la Convención. Fuera, tropas en movimiento por doquier, apercebidas y dispuestas á un inmediato combate; dentro, centinelas dobles en cada puerta y en cada escalón, como si la seguridad de los legisladores necesitase una jauría de cancerberos. Así madame Roland pedía en vano el acceso al salón de conferencias; todos aquellos centinelas á una le cerraban el paso y la expedían como un zarandillo de ceca en meca, sin que